

confort degradado. En la ciudad nos iniciamos en la experiencia de la vida; ella nos inicia en la embriaguez de la soledad, ella escribe en nosotros la elegía fallida de un encuentro imaginario: el del hombre con su destino.

Allí, en su monótono devenir, en el trazado diario de un rastro superfluo por inútil, el hombre gana la ignorancia de su pasado, de su origen, y cada hora le recuerda que no sabe dónde va. El misterio y el horror, la neurastenia y la soledad, la desesperación y el tedio, han sido sepultados por la ciega marea del sonambulismo, que arruina los últimos bastiones del silencio, saquea los restos de un cementerio iluminado con luces de neón y es recorrido por nubes de gasolina quemada.

La ciudad, pues, está ligada al viaje fallido, el retorno imposible de Ulises, el regreso ya inimaginable de Robinson Crusoe. «*Je pense aux matelots oubliés dans une île, / Aux captifs, aux vaincus!...*» (16).

El viajero y su sombra quedan, por tanto, caídos en la soledad del laberinto; y allí, en la inmensa noche del tiempo, se consuma el sacrificio de vivir. Somos fantasmas que buscan con ansiedad su triste tumba. Viajeros perdidos en el sonámbulo paisaje, animales sacrificados a los dioses en el altar de la ciudad.

Ya que Ulises, al comprender que nunca encontrará Itaca, al advertir (no sin la amargura de quien, en definitiva, en brazos de Calipso, nunca pudo creer en la felicidad del retorno) que Penélope jamás existió (sino en su cálido deseo de encontrar una mano que hilase cada noche lo que mañana nuestros pasos habrán desandado sin encontrar lo único que justificó nuestra vida) boga sin fe ni esperanza en las aguas de la neurasténica melancolía, allí donde los deseos errantes y perdidos adquieren el vasto dominio, la presencia inacabada de un dios que, a través de su secreto esplendor (17), hace posible concebir en nuestra carne la tajante presencia de aquellos libertinos proscritos, los dioses (condenados al exilio de la ausencia, o suplantados por idolillos adorados por los siervos y los perros guardianes del Orden contemporáneo); ellos, que al no haber existido jamás, se confunden con la irresistible marea de nuestro deseo; y así cobran la forma de nuestro cuerpo, la locura otoñal de nuestras pasiones, la marchita fragancia de nuestra carne.

De ahí que la ciudad configure el rostro de un templo donde los dioses son alimentados a través del sacrificio de los hombres (18).

---

(16) *Les Fleurs...*; «Le Cygne» (LXXXIX).

(17) *Les Fleurs...*; «Une martyre» (CX).

(18) En torno al tema de la ciudad considerada como espacio mitológico donde se consuman los mitos de la mortalidad, creo que tiene interés un libro de John S. Dunne: *The City*

Y tal acto sacrificial se consuma en nosotros (con nuestra muerte; de ahí que la «vida» sea considerada como antesala mortuoria, acto litúrgico que nos inicia en los secretos de una verdad más duradera que el acto teatral a través del cual ganamos de atributo del cadáver), y nosotros somos, al tiempo, los agentes que deben multiplicarlo, y así conferirle un destino menos ocasional que el de nuestra vida: consumamos tal diálogo en el permanente gasto y consumo improductivo de mercaderías en las que depositamos e invertimos trozos de nuestra carne (la economía dineraria no es sino el reverso, la otra cara de la economía mitológica) (19); el sacrificio, pues, toma cuerpo a través de aquello que es lo mismo de siempre en lo nuevo (Walter Benjamín): *la moda*; el *dandy*, ahora queda claro, es portador de un destino universal: la muerte (20). Escribe Baudelaire (21): «... *dandys à face glabre, / Cadavres vernissés, lovelaces chenus, / Le branle universel de la danse macabre / Vous entraîne en des lieux qui ne sont pas connus!*»

Cuando la eternidad cristiana ha sido abolida, y la historia amanece como improbable futuro, la moda encarna la fisonomía de lo universal, la Muerte irrumpe como secreta mudanza que prolifera en la civilización occidental, cegando los pozos de su sabiduría, arrasando los bancales de sus doctrinas, sembrando una cosecha que habrá de alimentarnos el próximo invierno.

Escribe Baudelaire (22): «*C'est la Mort qui console, hélas! et qui fait vivre; / C'est le but de la vie, et c'est le seul espoir / Qui, comme un élixir, nous monte et nous enivre, / Et nous donne le coeur de marcher jusqu'au soir; // A travers la tempête, et la neige, et le givre, / C'est la clarté vibrante à notre horizon noir; / C'est l'auberge fameuse inscrite sur le livre, / Où l'on pourra manger, et dormir, et s'asseoir; // C'est un Ange qui tient dans ses doigts magnétiques / Le sommeil et le don des rêves extatiques, / Et qui refait le lit des gens apuvres et nus; // C'est la gloire des Dieux, c'est le grenier mystique, / C'est la bourse du pauvre et sa patrie antique, / C'est le portique ouvert sur les Cieux inconnus!*»

---

*of the Gods* (Londres, 1974; Sheldon Press). No me resisto a prescindir de una cita, creo que significativa, de esta obra: *From the age of the gods to the age of God, from the gods of the living and the gods of the dead to the living God and the dead God, the city of man has remained the city of the gods.*

(19) Indudablemente, no creo que haya dudas: ha sido Georges Bataille quien, en nuestro siglo, ha construido los cimientos de una economía que se alimenta de lo onírico, lo dinerario, lo antropológico. Véase sobre todo, *La part maudite* (Les Éditions de Minuit; París), y *Théorie de la religion* (texto póstumo; col. Idées, núm. 306, de Ed. Gallimard).

(20) Escribe Walter Benjamín («Paris, capital del siglo XIX»): *El último viaje del flaneur: la muerte*.

(21) *Les Fleurs...*; «Danse macabre» (XCVII).

(22) *Les Fleurs...*; «La mort des pauvres» (CXXII).

Y esa noche voluptuosa que nace en nuestra sangre, esa ciudad universal que es gloria de los dioses y su única morada (y con ellos debemos compartirla), la Muerte, ¡cómo es similar al Urizen (*Your Reason*) de William Blake!... que llamó a los talleres artesanales de su tiempo «fábricas satánicas», y «muerte eterna», al trabajo.

Cuando la historia manifiesta en nuestra derrota su más evidente fracaso, la Muerte es el albergue, granero universal que, alimentándonos, hace crecer, proliferar, la vegetación insomne de las culturas. El destino, pues, es, al mismo tiempo, un accidente vegetal y un viaje (parábola del sueño, la embriaguez con que la Muerte nos emborracha), travesía semejante a un apetito voraz, a un juego de cartas, a los colores difusos de unas estampas que, de niños, fecundaron nuestra imaginación con el sueño de un viaje hacia las afortunadas islas de un océano donde entregábamos nuestro corazón a los ojos negros de una mujer pirata.

El poema, pues, es el tejido de sombras que, al entrelazarse, componen una refutación del universo, del tiempo y de la historia (23). La palabra envenena los bulbos nutricios de la vida vegetal de las culturas, y crea nuevos signos, nuevos rostros; al escribir garabateamos sobre un texto, pero (condenados a la maldición de la memoria), creamos nuevos rostros al infortunio, el silencio manicomial de la materia.

Han huido los antiguos dioses, pero nuestro deseo se confunde peligrosamente con ellos; la eternidad, por el contrario, es perseguida por manadas de termitas, que arrojan a nuestros pies montañas de ruinas, familias de lenguas y alfabetos, camadas de signos vacíos, escombros de antiguos palacios y doctrinas; y, con la violencia ciega de las olas lamiendo las playas de nuestra conciencia, arrasan cualquier vestigio de vida.

Sin duda, viajeros que esperamos la partida de la Hispaniola, la Muerte (y no Flint) (24) es el capitán que habrá de guiarnos en busca del tesoro que anhelamos descubrir en la turbadora compañía de John Silver. Ella nos advierte que el deseo posee formas desnudas, y su desconocida voluntad jamás tuvo nombre: viejo vagabundo que nos arrastra hacia los ojos sin fondo del mar, él nos recuerda a Ulises y nos invita a embarcar o a embriagarnos a su lado, abandonando el

---

(23) Baudelaire así lo afirma en su proyecto de prefacio para una edición de *Les Fleurs...* nunca realizada. Véase *O. C.*, pp. 187 y ss. y 1584. Baudelaire comenta que *Les Fleurs...* son un proyecto de restauración de la lengua, degradada por el embrutecimiento contemporáneo.

(24) Aunque, me digo, quizá esté equivocado. Recordemos la novela de Stevenson: Flint guía, secretamente, el destino de todos los tripulantes de la Hispaniola; sólo John Silver se atreve a encarar sin miedo (aunque con cautela) su recuerdo. Los estudiosos de la historia literaria, ¿cuándo advertirán que *La isla del tesoro* encarna una metafísica de la existencia?...